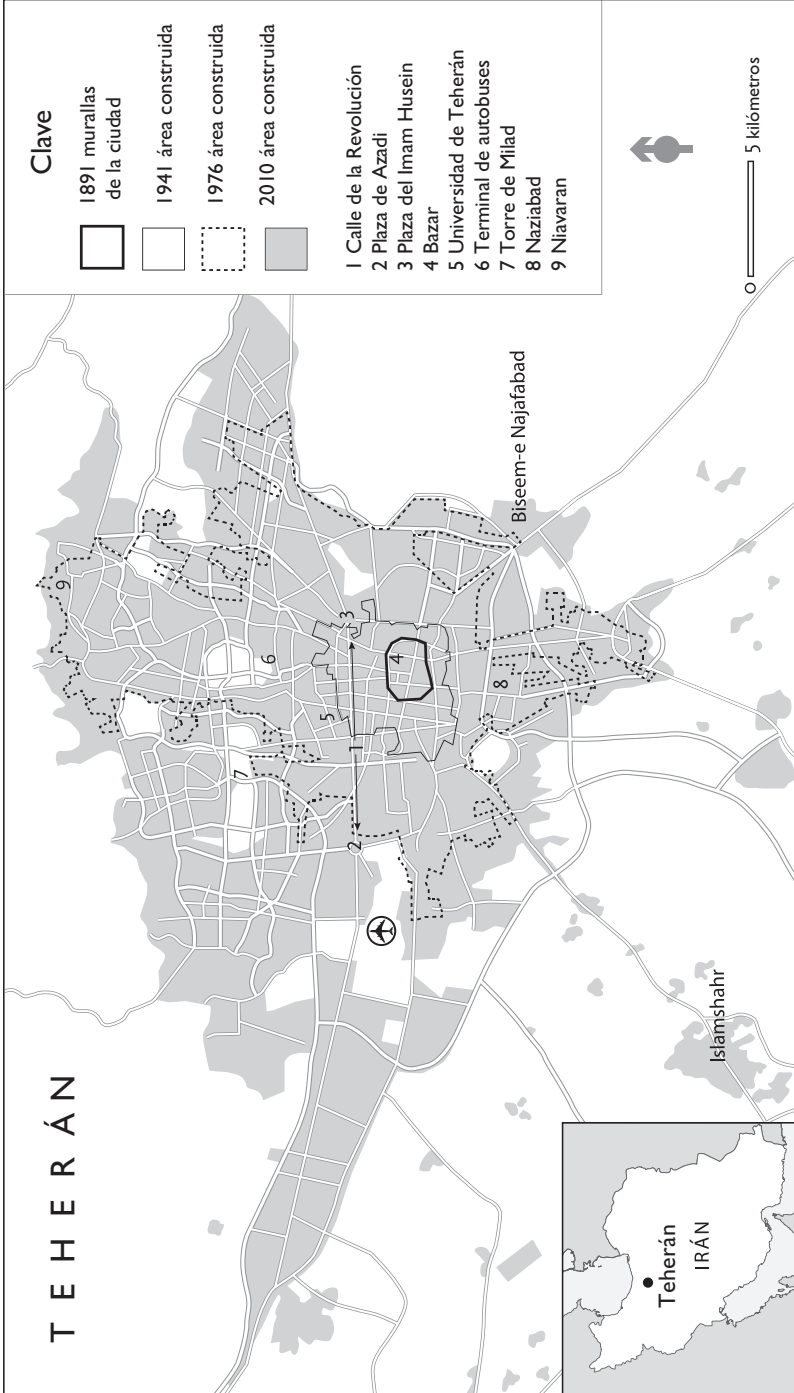


TEHERÁN, LA CIUDAD DE LAS PARADOJAS

Teherán no es una ciudad «interesante». No es como sus homólogas regionales, Estambul o El Cairo, con larga historia imperial o colonial, localización geopolítica central, arquitectura memorable y encanto natural. Teherán sigue siendo una metrópoli provinciana con unos 12 millones de personas, calles asfixiadas por cuatro millones de vehículos y una contaminación atmosférica que mata a 3.600 habitantes al mes; factores que contribuyen a una calificación de «habitabilidad» que la sitúa entre las diez peores ciudades del mundo, entre Dakar y Karachi¹. Pero es una ciudad con una política extraordinaria, arraigada en una clara tensión entre lo que parece una «tradicición» profundamente asentada y una modernidad desbocada.

En la imaginación occidental, Teherán se ve principalmente como ciudad de elevados minaretes, penetrantes llamadas al rezo, clérigos barbudos y mujeres cubiertas de la cabeza a los pies; una ciudad de adobe y estrechos callejones poblados por familias extensas. Esta es la Teherán de *No sin mi hija*. Los hechos acaecidos tras las elecciones presidenciales de junio de 2009 presentaron al mundo una visión muy distinta: durante las semanas en las que transcurrieron las manifestaciones masivas y después de ellas, miles de imágenes de la ciudad y sus jóvenes manifestantes circularon por los medios de comunicación internacionales, mostrando una ciudadanía laica con todos los marcadores de la sensibilidad contemporánea: antenas parabólicas, Twitter, blogs, etcétera. El movimiento verde reveló también la realidad más compleja de Teherán: una ciudad con una historia tumultuosa, atravesada por contradicciones manifiestas y marcada por un persistente desafío social y espacial. La población de esta ciudad se ha triplicado desde la Revolución islámica de 1979, mientras que su arquitectura y su patrón espacial han sido objeto de una modernización constante. A través de todo esto, la ciudad se mantiene como un ámbito urbano dividido y plural, porque Teherán se resiste a ser «islamizada». La resistencia laica, el mantenimiento de las desigualdades socioeconómicas y la exclusión política han convertido las principales plazas y las calles secundarias de la ciu-

¹ «Iran smog kills 3.600 in month», página digital de BBC News, 9 de enero de 2007; Economist Intelligence Unit, *The Global Liveability Report*, agosto de 2010.



dad en campos de batalla políticos. Transcurridas tres décadas de la Revolución islámica, Teherán sigue siendo un espectacular espacio de debate acerca del legado de 1979 y de las reivindicaciones de la ciudadanía.

La ciudad de los Sabs

Nadie sabe exactamente por qué, a finales del siglo XVIII, el Sah Aga Muhammad Kan, fundador de la dinastía kayar, estableció en un enclave remoto, a la sombra de los montes Elburz, la capital de un país que poco antes había tenido a Isfahán como su brillante metrópoli imperial. Probablemente hay mejores explicaciones para la elección de Ankara, otra ciudad «carente de interés» en la región, como capital de Turquía. Pero una vez escogida Teherán, los intereses de múltiples fuerzas –elites y burócratas; pobres; influencias extranjeras y capital internacional– se combinaron para crear y modelar una mezcla urbana destacable y controvertida. De ciudad amurallada con 19 kilómetros cuadrados y unos 230.000 habitantes en 1900, marcada por la importancia de tres instituciones nacionales –el bazar, la mezquita y el palacio real– Teherán se había convertido en 2010 en una ciudad que albergaba casi un sexto de la población del país.

El tejido social tradicional de la ciudad estaba definido por el sistema de *mahalleh* o barrios, que no organizaba el espacio urbano de acuerdo con la clase, sino de acuerdo con divisiones étnicas y religiosas, agrupando a los ciudadanos de la misma filiación étnica o religiosa, ya fuesen ricos o pobres, en barrios determinados². Este patrón se mantuvo sin cambios, y la ciudad en sí muy estancada, hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando el Sah Naser Edin amplió la muralla y los fosos de la ciudad. La principal motivación fue la necesidad de integrar el creciente número de «forasteros» –no sólo pobres inmigrantes sino también persas y extranjeros de la elite– y de controlar las revueltas, que con frecuencia estallaban en protesta por la escasez de pan. Pero las obras estuvieron en parte inspiradas por el sueño de establecer una «ciudad moderna» derivado del barón Haussmann, cuyas ideas se extendieron en aquel momento de París a Oriente Próximo, y fueron adoptadas por Kedive Ismail en El Cairo y los gobernantes otomanos en Estambul. Sin embargo, la expansión no ayudó mucho a alterar el sistema de *mahalleh* subyacente. La desigualdad social dentro de los diversos barrios persistió, y fue reforzada por un mercado especulativo del suelo a comienzos del siglo XX.

Desde principios de la década de 1920, el proyecto de modernización del Sah Reza engendró nuevas divisiones sociales y espaciales. Oficial de la Brigada de Cosacos, el shah Reza se hizo con el poder en condiciones de notable inestabilidad política e inseguridad social causadas por años de

² John Gurney, «The Transformations of Tehran in the Later 19th Century», en Chahryar Adle y Bernard Hourcade (eds.), *Teheran Capitale Bicentenaire*, Teherán, 1992.

guerra civil, ocupación extranjera y levantamientos de poblaciones nómadas. Tras un golpe organizado por los británicos en 1921, se convirtió en ministro de la Guerra, y usó su cargo para afirmar el control sobre un régimen fragmentado. En 1923 se hizo con el cargo de primer ministro y se dispuso a establecer un Estado autocrático fuerte, inicialmente siguiendo el modelo de la república turca de Atatürk, aunque en 1925 cambió de idea y optó por coronarse Sah y fundar su propia dinastía, la Palevi. Aun así, la nueva Persia debía ser un Estado-nación moderno, unificado y laico; y Teherán debía reflejar esta imagen deseada. Las murallas de la ciudad fueron derribadas definitivamente en la década de 1930, y la década siguiente se hicieron intentos de poner fin al sistema de *maballeh*, mediante la adopción de un patrón de división zonal basado en gran parte en la segregación por clases. Tomó así forma un nuevo modelo urbano, con edificios modernos y bulevares diseñados por arquitectos europeos o formados en Europa. No obstante persistían muchos aspectos de la estructura urbana y la organización social antiguas, ahora yuxtapuestos a las realidades emergentes de la ciudad de los petrodólares.

El petróleo se convirtió en elemento central de la vida social, económica y espacial de Teherán. Dominado por el capital británico, el sector petrolífero se desarrolló con rapidez en la década de 1920 (la producción se cuadruplicó con creces en el transcurso de una década). Fue la nacionalización del sector petrolífero por el primer ministro Mohamed Mosadeq en 1951 la que provocó su derrocamiento dos años más tarde mediante un golpe de Estado instigado por la CIA. El derrocamiento del gobierno democrático, nacionalista y laico de Mosadeq permitió al hijo del Sah Reza, Mohammed Reza, consolidar su dominio autocrático, y después acelerar el proyecto de modernización. La época posterior al golpe, notablemente las décadas de 1960 y 1970, contempló un notable crecimiento económico, con tasas medias del 11 por 100 anual entre 1963-1972, que saltaron al 30 por 100 durante 1974 y 1975. La renta derivada del petróleo financió extensos programas de industrialización, educación nacional y desarrollo urbano, mientras que las reformas agrarias intensificaron las relaciones capitalistas en el campo, reduciendo el poder de los señores feudales y convirtiendo a los campesinos en pequeños propietarios o proletarios rurales, muchos de los cuales emigraron posteriormente a las ciudades. En el transcurso de este cambio histórico, los profesionales y los tecnócratas, la clase trabajadora y las mujeres ganaron relevancia a expensas de la estructura social y las formas de autoridad tradicionales: la clase feudal, los comerciantes del bazar, los *ulemas* y las instituciones islámicas en general.

Teherán se convirtió en la materialización espacial de este creciente proceso de acumulación. En la ciudad y en torno a ella proliferaban industrias, comercios, servicios y empresas extranjeras. Más que en lugar de producción, Teherán se convirtió en espacio de consumo siempre creciente, a medida que se adoptaban nuevos patrones de gasto y estilos de vida occidentales; aparecieron restaurantes, cafeterías y barrios exclusivos en zonas residenciales. El régimen del Sah intentaba remodelar Teherán y con-

vertirla en una entidad descentralizada suburbana estilo Los Angeles. El primer Plan General de Teherán, diseñado por el arquitecto californiano Victor Gruen en 1963-1967, preveía una ciudad dividida en diez distritos grandes y muy independientes, de 500.000 habitantes, comunicados entre sí por una red de autovías y un sistema de transporte rápido. Este plan posmoderno, sin embargo, no tuvo en cuenta el impacto del «movimiento de los cercamientos» experimentado en Irán en las décadas de 1960 y 1970: el programa de reforma agraria había expulsado de hecho del campo a unos tres millones de campesinos sin tierra que veían a las ciudades, principalmente Teherán como los lugares donde recomenzar sus vidas. La migración del campo a la ciudad infló la población de la capital, contribuyendo a su práctica duplicación, de los 2,7 millones en 1965 a 4,6 en 1975.

Los recién llegados eran predominantemente pobres; pero fue el planeamiento urbano y la política de zonificación la que los convirtió en «marginales», *hashiyenishinan*. El mercado libre del suelo y su alto precio, así como los problemas de coste y los restrictivos criterios de construcción establecidos por los urbanistas –por el tamaño de las parcelas y la forma de construcción– empujaron a los recién llegados a levantar viviendas de manera informal, fuera de los límites de la ciudad. Surgieron barrios deprimidos como Shabaz Yonoubi, Yavadieh, Naziabad y Bisem-e Nayafabad, ocupados principalmente por inmigrantes del campo. La oferta de vivienda era antes escasa: a mediados de la década de 1950, más de la mitad de las familias de Teherán vivían en casas alquiladas, y aproximadamente el 40 por 100, la mayoría inmigrantes rurales, vivían en una o dos habitaciones. En la década de 1970, hacían falta unas 200.000 viviendas nuevas al año para cubrir la demanda³. La escasez de la oferta no haría más que ampliar las zonas urbanas degradadas, los asentamientos chabolistas y las comunidades satélite alrededor de la ciudad.

El proceso de marginación se aceleró en los años posteriores a 1966, cuando la Disposición 100 de la Ley Municipal autorizó la demolición de construcciones ilegales dentro de los límites de la ciudad así como en las zonas colchón, *barim*, creadas en torno a esta. Se calcula que los habitantes de los superpobladas zonas urbanas degradadas y de los asentamientos informales llegaron a formar el 35 por 100 de la población de Teherán a finales de la década de 1970. Su origen rural y su procedencia étnica –eran principalmente azeríes y hablantes de otras lenguas túrquicas– marcaron su segregación social y cultural respecto a los ricos urbanos y occidentalizados, que los tachaban de *dabati* (rurales, atrasados), *amaleb* o *bammal* (jornaleros, inferiores). Hasta los nombres de sus comunidades llegaron a denotar menosprecio, reforzando su baja posición en la periferia de la vida urbana.

En vísperas de la revolución de 1979, Teherán –con una población de casi 5 millones de habitantes– mostraba una clara jerarquía de clase, no sólo

³ Datos de la Asociación Iraní de Asesores de Ingeniería, y *Middle East Economic Digest*, 1 de abril de 1983, p. 14.

expresada en aspectos económicos, sociales y culturales, sino también en la distribución espacial segregada de la ciudad. Al norte, en el extremo superior del escarpado paisaje en el que se sitúa Teherán, se situaban los barrios más opulentos –Darrous, Tajrish, Zafaraniyeh, Farmanieh–, incluidas las primeras comunidades valladas de Oriente Próximo; en la cumbre misma de la ciudad se ubicaba el palacio real de Niavaran. Las áreas centrales, de este a oeste, albergaban a las clases medias relativamente amplias: empleados públicos, profesionales liberales y propietarios de pequeños negocios. Al sur, los terrenos más bajos de la ciudad eran para los pobres, los nuevos inmigrantes rurales y los estratos más bajos de la clase trabajadora.

La distinción entre el norte adinerado y el sur pobre de Teherán –entre *bala-ye shabr*, la «ciudad alta», y *pain-e shabr*, la «ciudad baja»– estaba inequívocamente registrada en el lenguaje y en el imaginario popular. La línea divisoria entre las dos estaba formada por la calle Shahreza –hoy calle de la Revolución, *Khiaban-e Enqilab*– el epicentro de la geografía política de Teherán. «Línea verde» sociológica, la calle albergaba la Universidad de Teherán, docenas de librerías y grandes terminales de autobús que enlazaban Teherán con las provincias. Conectaba así a diversos grupos sociales con instituciones clave y con el flujo de conocimiento y noticias. Aquí fue donde las manifestaciones estudiantiles encendieron las primeras chispas de la revolución en 1979, antes de que se extendieran con rapidez por la ciudad y después al país en solo dos años. Fue aquí, también, donde la marcha silenciosa de cientos de miles de teheraníes en junio de 2009 marcó el nacimiento del movimiento verde que sacudió al estamento clerical, tres décadas después de la Revolución islámica.

Calles revolucionarias

La revolución de 1979 y la posterior guerra con Iraq (1980-1988) tuvieron dramáticas consecuencias sobre la ciudad. Aunque la estructura y la arquitectura prerrevolucionarias de Teherán permanecieron, a partir de entonces se superpuso a ellas una ideología revolucionaria, y se vieron remodeladas por las prácticas de un nuevo régimen y un cambio de ciudadanía. Teherán se convirtió en un extraordinario espacio de caos y contradicciones: la libertad coexistía con el control asfixiante, los principios igualitarios con la profunda discriminación; la promesa con la desesperación. Parecía como si la revolución hubiera inscrito su lógica en el tejido espacial y social de la ciudad, que entonces se expandió desbocada y arbitrariamente, con poca gestión y pocos servicios.

Una espectacular sensación de energía y optimismo se apoderó de los espacios públicos urbanos tras la caída del Sah. Las calles del centro, los parques públicos, los taxis, los autobuses y las colas de las panaderías se convirtieron en insólitos lugares de debate y discusión acerca del significado de la revolución. Ahora todos, incluidos los pobres marginados, deseaban reclamar la ciudad con su presencia física, vocal y simbólica. El fin de la di-

nastía Palevi había ido acompañado por un hundimiento general de la autoridad central: no había policía secreta, ni vigilantes municipales, ni siquiera guardias de tráfico. Muchos empresarios habían desertado de sus empresas; los gerentes habían dejado las fábricas; los terratenientes partido de sus grandes propiedades; los ricos abandonado sus casas, dejando atrás con las prisas propiedades de millones de dólares. Al final, unas 150.000 viviendas –palacios, hoteles, villas y bloques de apartamentos inacabados– fueron tomados por la *Bonyad-e Mostaz'afin*, la Fundación para los Desposeídos, una enorme organización benéfica que había sido la Fundación Palevi antes de ser nacionalizada en 1979. Por su parte, los campesinos sin tierra confiscaron grandes empresas agropecuarias, cientos de fábricas fueron tomadas por los trabajadores, y los funcionarios públicos empezaron a dirigir ministerios y departamentos. Incluso los desempleados, que en esencia carecían de instituciones a través de las cuales participar, tomaron el control de las calles regulando el tráfico. Los jóvenes revolucionarios y los recién establecidos *pasdaran* (Guardias revolucionarios) se hicieron cargo de la policía urbana. De hecho, fueron varias organizaciones de base, así como nuevas «instituciones revolucionarias» (*nabad-baa-ye enghelabi*) como los *pasdaran*, los voluntarios *basij* paramilitares y la Fundación de la Vivienda, los que rápidamente se movieron para llenar el vacío de poder.

En las ciudades, las clases populares lanzaron una espectacular toma de terrenos principalmente públicos, lo cual condujo a la rápida expansión de los centros urbanos iraníes, principalmente la capital. El área ocupada por Teherán se duplicó en sólo dos años, y siguió creciendo desde entonces; aproximadamente medio millón de hectáreas de terreno se urbanizaron de este modo entre 1979 y 1993. «Instituciones revolucionarias» como la Fundación de la Vivienda desempeñaron una función clave en la transferencia de propiedad. La abrumadora mayoría de las nuevas construcciones –el 75 por 100 en 1979-1982– se produjo fuera de los límites formales de la ciudad y sin autorización; casi todas fueron realizadas por individuos privados. Cientos de aldeas satélite en torno a la ciudad se convirtieron en ayuntamientos urbanos, y pasaron a formar parte del área metropolitana de Teherán⁴.

¿Por qué tanta expansión? En primer lugar, tras la caída del Sah, gran número de migrantes había acudido a Teherán a recoger los frutos de su revolución: trabajo, vivienda y dignidad. Miles de aldeanos acamparon en las principales plazas de Teherán para recibir su porción de «casas gratis» que el ayatolá Josroshahi había prometido a los *mustaz'afin*, los desposeídos. La retórica empleada por las autoridades islamistas reflejaba la intensa competencia entre ellas y las fuerzas laicas de izquierda acerca de quién podía movilizar políticamente a los pobres. Los pobres aprovecharon esta oportunidad discursiva para presentar sus reivindicaciones, sin profesar,

⁴ Véase Kaveh Ehsani, «Survival through Dispossession. Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», *Middle East Report*, 250, primavera de 2009.

sin embargo, demasiada fidelidad a ninguno de los bandos. En segundo lugar, además de los inmigrantes rurales, se produjo una afluencia de 2,5 millones de refugiados de la guerra Irán-Iraq y, desde mediados de la década de 1980, 2 millones de afganos. Estos factores se combinaron para hacer que la población urbana del país aumentase en un 72 por 100 entre 1976 y 1986, un crecimiento que se dio principalmente en Teherán. En la década de 1980, se calcula que hicieron falta 300.000 viviendas anuales en la capital para cubrir la demanda, y esto en condiciones en las que la inversión privada en el sector inmobiliario casi había desaparecido: el número total de casas construidas con licencia en 1982 fue sólo una décima parte del de 1979⁵. Reclamar terreno estatal o público u ocupar pisos vacíos fue para muchos una solución práctica a sus necesidades de vivienda. El propio Estado islámico también contribuyó a la expansión espacial de la ciudad: necesitado de ingresos durante la guerra, vendió terrenos públicos, a menudo por debajo de los precios de mercado, principalmente a funcionarios estatales de capas intermedias: notablemente a miembros de los nuevos organismos revolucionarios. Como canal para la movilidad social, la burocracia estatal había aumentado drásticamente de tamaño, pasando de 1,7 millones de funcionarios en 1976 a 3,5 millones en 1986⁶.

Mientras los recién llegados colonizaban las periferias de la ciudad, los vendedores ambulantes tomaban las aceras del centro. Proliferaron los puestos y quioscos de venta de libros, periódicos, cintas de música y grabaciones de discursos políticos, atendidos principalmente por jóvenes politizados y sin empleo, o estudiantes, llenando las calles del opulento distrito centro, en torno a la Universidad de Teherán. Muchos propietarios de puestos tomaban la electricidad de los postes cercanos, iluminando sus alrededores con luces de colores. Cada noche las aceras se convertían en mercadillos, con compradores y paseantes que hojeaban entre interrupciones, bromas, música y mucha política. Dos años después de la revolución, los vendedores políticos, los estudiantes que ocupaban viviendas y hoteles se enfrentaban a la ira del Tribunal Antivicio, los *pasdaran* o las brigadas de demolición. Pero los vendedores ordinarios siguieron multiplicándose, y persistieron a pesar de las periódicas medidas de fuerza. Estos vendedores tendían a ser inmigrantes rurales, refugiados de guerra, jóvenes desempleados iraníes y empleados estatales mal pagados. Ofreciendo su mercancía en los barrios pobres así como en vías públicas principales de tráfico denso, vendían casi todo tipo de artículos imaginables, desde pan duro y tarjetas de racionamiento de gasolina a equipos electrónicos y su propia fuerza física. Con escaso capital, y confiando en el espacio público como su principal activo, estos comerciantes subalternos alteraban la vida en las calles de Teherán.

⁵ *Ettelaat*, 11 Esfand 1363 (2 de marzo de 1984).

⁶ K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit.

La transformación desde arriba

Como resultado de estos enfrentamientos, y del populismo económico inicial de los revolucionarios islamistas, la década de 1980 aportó un cierto igualitarismo de clase. Muchos de los pobres y marginados prerrevolucionarios estaban ahora más integrados en la estructura social y espacial de la ciudad. En 1982, aproximadamente el 62 por 100 de los teheraníes eran propietarios de una vivienda, frente al 53 por 100 inmediatamente antes de la revolución⁷. De hecho, la propia lucha revolucionaria ya había reducido un poco la división social y cultural antes existente. Los ciudadanos pudientes de Teherán se habían manifestado codo con codo con los residentes humildes del sur; los hombres con las mujeres, los jóvenes con los viejos, los modernos con los tradicionales, los laicos con los religiosos.

Pero esta excepcional solidaridad y la «primavera de libertad» no duraron mucho. Las políticas populistas del nuevo régimen fueron unidas a una incansable exclusión política y religiosa de los seguidores laicos, progresistas y demócratas, a medida que el gobierno empezaba a islamizar la sociedad de arriba abajo. El programa de «revolución cultural» iniciado en 1980 cerró las universidades –semillero de las campañas contra el Sah– durante tres años, porque las autoridades pretendían reorganizar el sistema educativo de acuerdo con criterios islamizados y conformistas. Los lugares de trabajo, las fábricas, las oficinas, los bancos, los colegios y los hospitales fueron transformados para cumplir con las prescripciones morales y la segregación de sexos y obligados a instituir oraciones colectivas diarias. Carteles y lemas revolucionarios adornaban cada pared, y el constante estruendo de las declamaciones religiosas con altavoces implusó la llegada de un nuevo orden social. Los nombres y los símbolos occidentales desaparecieron de las calles de la ciudad, para ser sustituidos por pintadas, murales, carteles y panfletos políticos; los bares, los clubes nocturnos y el barrio de las prostitutas se desvanecieron por completo. La *sar-e kouche*, o subcultura callejera, en la que los jóvenes se reunían para charlar o pasar el tiempo, se perdió ante la regimentación de los espacios urbanos por los *pasdaran* y los vigilantes *hezbollah* de Jomeini, que patrullaban las calles con porras y pistolas para hacer cumplir los nuevos edictos morales. La guerra con Iraq, por su parte, había producido víctimas y mártires en casi todas las calles, cambiando drásticamente el paisaje simbólico de la ciudad a medida que se multiplicaban los nombres de calle que empezaban por *shahid* (mártir). Pero quizá nada fuese más irritante que la repentina desaparición de los colores vivos de los espacios públicos; el negro y el gris, materializado en el chador de las mujeres y en la barba de los hombres, dominaba ahora el paisaje visual de la ciudad.

Tras la revolución, por lo tanto, Teherán experimentó una drástica expansión física, una inmigración masiva y el deterioro de la infraestructura y los

⁷ Datos de la Asociación de Asesores de Ingeniería Iraníes.

servicios urbanos. Aunque poco había cambiado en lo que se refiere al establecimiento de una nueva arquitectura «islámica» duradera, se produjeron significativas transformaciones en el ámbito social y político, dando lugar a un orden espacial paradójico. Los grandes espacios y plazas públicos fueron prácticamente tomados por los vigilantes partidarios del régimen, que los convirtieron en los espacios cerrados o «interiores» de su «yo ideológico», a expensas de aquellos cuyos modos de vida y gustos no coincidían con los suyos⁸. Como consecuencia, los espacios privados y las viviendas se convirtieron para muchos en los lugares clave de comunicación, sociabilidad y ocio. Si bien las medidas redistributivas y la reducción del número de ricos ayudaron a reducir la brecha entre clases, profundas diferencias ideológicas y políticas dividían a los habitantes de Teherán. Los residentes pudientes y occidentalizados, que con el Sah habían dominado los principales lugares públicos de la ciudad, se vieron ahora empujados a los espacios cerrados de su hábitat privado; su lugar lo ocuparon las élites islamistas, los partidarios del régimen y familias de extracción baja y «tradicional».

Si las distinciones espaciales de clase y posición social disminuyeron, las discriminaciones por razón de género aumentaron. Directivos y trabajadores podían comer en la misma cantina, pero a hombres y mujeres se les impedía mezclarse en los mismos refectorios, bibliotecas y centros deportivos, porque las milicias *basij* humillaban constantemente a las mujeres por comportamiento inadecuado o por llevar incorrectamente el *hiyab*. Los espacios urbanos se volvieron aún más regimentados y masculinizados. Al mismo tiempo, la tendencia a dejar de vivir en casas tradicionales para ocupar pisos más baratos supuso mayor presión para las mujeres, porque mientras que la arquitectura tradicional más antigua había ofrecido espacios de intimidad y sociabilidad vecinal –patios, terrazas y azoteas– los nuevos apartamentos reforzaban la reclusión de las mujeres, obligadas a permanecer en el interior mientras los barrios eran colonizados por los vigilantes. Pero en una nueva paradoja, para muchas familias «tradicionales», excluidas por su posición social de los espacios públicos en la Teherán del Sah, la nueva ciudad «moralmente segura» facilitó la presencia activa: las mujeres de entornos conservadores pudieron emerger de los confines de su vivienda para salir al ámbito público⁹.

¿Postislamismo?

En la década de 1990, una nueva forma de pensamiento postislamista se unió a las políticas neoliberales para alterar de nuevo el perfil de la capital. El fin de la guerra contra Iraq en 1988, seguido un año después por la

⁸ Masserat Amir Ebrahimi, «Public and Private», *Pages*, 1, febrero de 2004.

⁹ Se puede obtener un buen análisis en Azam Khatam, «Houzeh-ye Hamegani va Fazaha-ye Omoumi dar Iran», *Andishe-ye Iransababr*, 3, primavera de 2005, pp. 10-15. Véase también Kaveh Ehsani, «Municipality Matters: The Urbanization of Consciousness and Political Change in Tehran», *Middle East Report* 212, otoño de 1999, p. 26.

muerte del ayatolá Jomeini, inauguró una nueva fase en la vida de la República islámica. El gobierno tecnocrático y promercado del ayatolá Hashemi Rafsanyani, en el poder desde 1989 hasta 1997, tuvo por objetivo dejar atrás los años excepcionales de la revolución y la guerra, reduciendo la economía dirigida y sustituyendo el racionamiento por crecientes oportunidades de consumo. La reconstrucción de posguerra tuvo lugar bajo el auspicio de dos planes de desarrollo quinquenales. El primero (1989-1994) reveló los alarmantes problemas de desarrollo iraníes, como el rápido crecimiento de la población y la insuficiencia de las infraestructuras, mientras que el segundo (1994-1999) exigía la eficiencia en el planeamiento y la gestión urbanos, la autosuficiencia municipal mediante la introducción de un impuesto de capitación, y cierto grado de descentralización de la autoidad a través de los ayuntamientos¹⁰.

Rafsanyani consiguió que se nombrara a Golamhusein Karbaschi, ex estudiante de teología convertido en urbanista, como alcalde de Teherán en 1989, un cargo que conservó hasta 1998, lo que le convirtió en el alcalde más duradero desde que se creó el cargo, a comienzos del siglo xx. Karbaschi eliminó de la ciudad el anterior carácter revolucionario y excluyente, transformándola en una metrópoli postislamista de pluralismo y mezcla, pero todavía receptiva a las sensibilidades religiosas. Los lemas revolucionarios fueron sustituidos por carteles comerciales y murales ordenados, mientras que la obligación de pintar tiendas y oficinas aclaró el ambiente gris de la ciudad. Tras una década de tristeza, vestigios de color vivo volvieron al campo de visión de los ciudadanos. En los bulevares se plantaron flores, mientras que 600 nuevos parques verdes y cientos de hectáreas de bosque plantados en los límites de la ciudad invocaban visiones de un paisaje público olímpico en el que diversas clases, sexos y grupos culturales podían mezclarse en espacios moralmente seguros.

Docenas de centros comerciales y los grandes almacenes Shahrvand (Ciudadano) no sólo ofrecían un sistema de distribución más moderno y eficiente, sino que también servían de espacios vitales en los que niños y niñas así como hombres y mujeres jubilados podían relacionarse, en una época en la que la función tradicional de *maballehs* y *sar-e kouches* para forjar identidades de grupo descendía con rapidez. Con esta nueva infraestructura moderna, los jóvenes podían ahora ampliar sus horizontes más allá de los confines del *mahal*, para abarcar la *shahr*, la ciudad, en su totalidad. En grandes eventos como partidos de fútbol, campañas electorales o protestas masivas en la calle, las personas empezaron a actuar más como teheraníes que como residentes de barrios determinados. Pero junto con este proceso de nivelación espacial, las elites empezaron a reafirmar su distinción a través de la moda y otros símbolos de consumo.

¹⁰ Zahra Arabshahi, «Barrasi-ye Daraamad-e Sarane-ye Shahr-dariha-ye Kalan-e Shahrha-ye Keshvar, 1996-2002», *Faslname-ye Modiriyat-e Shabri*, 17, primavera de 2004, p. 71.

En un nuevo intento de promover espacios de ocio seguros, el ayuntamiento construyó unos 138 complejos culturales y 27 centros deportivos, y convirtió 13.000 parcelas vacantes en parques o zonas de juego infantil. Muchos de los centros culturales, como el Complejo Cultural Bahman –un antiguo matadero– se establecieron en el sur de Teherán, proporcionando arte, música, teatro y deportes para públicos ricos y pobres, tradicionales y modernizadores por igual. Los centros culturales reforzaron la enorme popularidad de la música clásica occidental e iraní entre los jóvenes. A mediados de la década de 1990, más del 75 por 100 de los asistentes a conciertos eran chicos y chicas, y el 65 por 100 de los visitantes eran mujeres, incluidas mujeres jóvenes de familias pobres y tradicionales¹¹.

El ayuntamiento también hizo esfuerzos por reducir la división sociocultural, si no la económica, entre norte y sur que había desfigurado la capital durante más de medio siglo. Aunque el norte de Teherán siguió recibiendo más atención –en 1998 su presupuesto era 72 veces superior al de 1990– también se efectuó una considerable inversión en el sur, donde el presupuesto se multiplicó por 47 en el mismo periodo. Las múltiples avenidas y arterias rápidas construidas por la administración de Karbaschi –el triple de las que habían existido en la historia de la ciudad– y el aumento de un 50 por 100 en los vehículos de transporte público redujeron la distancia espacial entre norte y sur¹².

¿Un giro neoliberal?

Pero la de 1990 fue también una década en la que aumentó la disparidad económica. La «reconstrucción económica» de Rafsanyani supuso la liberalización de los precios y del tipo de cambio, así como el recorte de prestaciones sociales y la privatización de las empresas estatales. En la práctica, el gobierno acabó vacilando entre las posturas neoliberales y las concesiones populistas, pero liberalizó muchos precios –de las tarifas de gas natural, gasolina, teléfono, correos, electricidad, bus y taxi– lo cual a su vez disparó una tasa de inflación oficial del 60 por 100 en 1994. Con la subida de precios, el descontento popular, en especial en los barrios urbanos pobres, volvió a aumentar¹³. Las protestas esporádicas en Teherán contra la subida de la tarifa de autobús y el precio del combustible terminaron en una revuelta de tres días en la comunidad informal de Islamshahr en abril de 1995, con el resultado de un muerto, docenas de heridos y cientos de detenidos. Por otro lado, la eliminación de poblados pobres y la demolición de construcciones ilegales –de acuerdo con lo publicado, solo en el verano de 1992

¹¹ Masserat Amir Ebrahimi, «Ta'sir-e Farhangsara-ye bahman bar Zendeghi-ye Ejtima'ii va Farhangui-ye Zana va Javanan-e Tehran», *Goftogu*, 9, otoño de 1995, pp. 17-25.

¹² K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit.

¹³ Sorba Behdad, «From Populism to Economic Liberalism: The Iranian Predicament», en Parvin Alizadeh (ed.), *The Economy of Iran: The Dilemma of an Islamic Republic*, Londres, 2000.

fueron derruidos más de 2.000 viviendas y negocios construidos sin licencia— causaron intenso resentimiento y descontento en Teherán y otras ciudades, como Shiraz, Mashhad, Arak y Joramabad¹⁴. En consecuencia, las autoridades se vieron obligadas a mezclar los derribos selectivos con la tolerancia de hecho de los asentamientos informales, o incluso la mejora de sus infraestructuras. A menudo los expulsados de un lugar acababan estableciéndose sin permiso en otros lugares, por lo general más distantes. Así, las comunidades informales de Teherán no dejaron de crecer, sino que por el contrario se extendieron a un ritmo inaudito, no dentro de la ciudad sino adyacentes a sus límites administrativos, mientras múltiples aldeas cercanas como Bagherabad o Akbarabad, al sur de Teherán, se transformaban en asentamientos urbanos de rentas bajas.

La rivalidad de facciones dentro del gobierno demostró ser otro freno para el programa liberalizador de Rafsanyani. La economía seguía paralizada: el PIB per cápita en 1996 seguía en el 73 por 100 del de 1977. No obstante, la forma de la economía iraní cambió significativamente en estos años. El sector estatal creció aún más, porque la privatización supuso vender acciones en gran medida a instituciones revolucionarias paraestatales como los *pasdaran*. Tal vez las reformas administrativas del gobierno tuvieron un alcance aun mayor. Como parte de esta reestructuración, muchas instituciones revolucionarias —marcadas por su énfasis en el compromiso islámico y no en su conocimiento experto— fueron situadas bajo la burocracia estatal. Una creciente clase de profesionales, muchos de ellos restos del reinado del Sah, se encargó de manejar la economía y la Administración estatal. En esta época de racionalización y privatización gradual, Teherán debió financiarse sola. Karbaschi eliminó todos los subsidios públicos en cuatro años; pero, temiendo una reacción política si gravaba con impuestos a los residentes de la ciudad, el alcalde recurrió al capital especulativo, cobrando tasas y gravámenes a comerciantes y promotores inmobiliarios a cambio de eximirlos de las normativas de zonificación y protegerlos de la presión política. Entre 1990 y 1998, el ayuntamiento recaudó unos 6.000 millones de dólares, que usó principalmente para financiar la renovación urbana¹⁵. Una buena parte de estos ingresos procedió de la venta de licencias que incumplían las reglamentaciones de zona (como el uso comercial de terrenos públicos o la venta de perfil paisajístico urbano, *tarakom*, que en principio es propiedad común).

Ningún recién llegado a Teherán en la década de 1990 podía dejar de percibir el brote de edificios altos, en especial en el norte rico, donde la tasa de beneficio de la propiedad inmobiliaria era mucho más elevada. Estos anticuados barrios privilegiados, con sus grandes villas y jardines exuberantes, junto con algunas aldeas pintorescas en el extremo de la ciudad, se perdieron

¹⁴ Citado en *Kar*, núm. 45, 22 Mehr 1371 (14 de octubre de 1993), p. 5.

¹⁵ K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit.

entre los complejos de pisos de lujo y sus aparcamientos. Estos barrios ya habían empezado a perder su uniformidad sociocultural prerrevolucionaria cuando los nuevos ricos y las nuevas elites islamistas –altos burócratas de los Guardias Revolucionarios o miembros de la judicatura– llevaron estilos más religiosos y tradicionales a estas áreas gentiles. De nuevo, la división espacial norte-sur de Teherán se reafirmó, esta vez en el perfil paisajístico de la ciudad: extravagantes rascacielos miraban desde arriba a los asentamientos horizontales en los terrenos agrícolas del sur, colonizados no solo por inmigrantes rurales y provinciales, sino también por teheraníes de clase trabajadora y media que ya no podían permitirse vivir dentro de los límites de la ciudad.

Otros fenómenos estaban remodelando la ciudad en la década de 1990. En primer lugar, se produjo una creciente informalización y fragmentación del trabajo, reforzada por la liberalización económica. Entre 1976 y 1996, el total de trabajadores en el sector privado aumentó un 37 por 100, pero el número de pequeñas empresas se triplicó. Mientras que el número de asalariados en el sector privado aumentó solo un 6,5 por 100, el de trabajadores autoempleados en el sector informal creció un 190 por 100¹⁶. Estos cambios dieron nueva forma a las luchas de la clase trabajadora en pro de la ciudadanía urbana: no tanto luchar por mejores salarios y condiciones, como por el consumo colectivo y las oportunidades de vida: vivienda, servicios urbanos, trabajo informal. Mientras que estos trabajadores asalariados y no asalariados aumentaban la escala y el número de los asentamientos informales, el capital especulativo estaba remodelando el sector inmobiliario legal de la ciudad. Por otro lado, las mujeres y los jóvenes intentaban afirmar su presencia, física y simbólicamente. De hecho, la visión de Teherán postislamista planteada por Karbaschi reflejaba y reproducía los deseos y las exigencias de millones de habitantes que rápidamente adquirirían una apariencia más urbana, más culta y más individualista.

Estas luchas por definir el espíritu de la ciudad profundizaron la rivalidad faccionaria dentro del Estado, entre los islamistas populistas de línea dura, por un lado, y los racionalizadores de libre mercado y modernizadores postislamistas, por otro. Había en juego verdaderos intereses creados. El control de Teherán por parte de los modernizadores postislamistas había restringido el acceso fácil de fuerzas poderosas como el ejército y los clérigos conservadores a los recursos de la ciudad –suelo, mezquitas y otras estructuras institucionales– así como las redes de mecenazgo y el sistema judicial. Los Shahrvand, grandes almacenes municipales, y el apoyo a la construcción de centros comerciales, por ejemplo, habían puesto en peligro el poder económico y político del bazar, que durante mucho tiempo constituyó un bastión de apoyo al régimen clerical, aunque ya había empezado también a modernizarse y diferenciarse¹⁷.

¹⁶ Sorba Behdad y Farhad Nomani, «What a Revolution! Thirty years of Social Class Reshuffling in Iran», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 1, 29, 2009.

¹⁷ Arang Keshavarzian, *Bazaar and State in Iran*, Cambridge, 2007.

Bajo la presidencia de Mohamed Jatami (1997-2005), Teherán se convirtió en una de las ciudades más vibrantes de la región, con una prensa relativamente libre y un vivaz paisaje político, modelado por nuevos movimientos sociales de jóvenes, estudiantes, mujeres e intelectuales. Este Teherán postislamista, con su pluralismo relativo y su aura seglar, parecía estructuralmente hostil a las virtudes revolucionarias asumidas por los defensores de la línea dura y sus partidarios entre los veteranos de guerra, los *pasdaran* y los *basijis*. Éstos estaban decididos a luchar contra esta amenaza a su hegemonía y por sus derechos sobre recursos valiosos. Era necesario restaurar la «Teherán islamista».

¿Restauración?

Las fuerzas islamistas centraron su ira en la expansión del comportamiento, las ideas y la arquitectura «occidentales». Para reafirmar la identidad islámica de Teherán, en 1995 presentaron el proyecto de la «mezquita más grande del mundo», con un coste de 100 millones de dólares. En 1996, el Consejo Nacional de Cultura Pública y el Ministerio de la Vivienda analizaron una propuesta para desarrollar el sueño de «ciudad islámica», aunque nada de esto salió adelante. Más en concreto, los jueces conservadores metieron a Karbaschi entre rejas acusado de corrupción en 1998, el año posterior a la subida al poder de Jatami; de hecho, algunos alegan que el enérgico apoyo de Karbaschi a Jatami fue la causa de su caída. Una respuesta más estratégica la dio Said Emami, el conservador viceministro de Inteligencia, que orquestó el asesinato de docenas de intelectuales y políticos laicos a finales de la década de 1990. A mediados de esta década, Emami lanzó una campaña sistemática contra la denominada «invasión cultural» (*tabayom farbangui*), de la que la Teherán «desislamizada» era un rasgo alarmante. «Para mí –proclamaba Emami– el criterio fundamental no es la reconstrucción, sino los valores»¹⁸.

Pero el hombre que llevaría a cabo la histórica tarea de la restasuración fue Mahmud Ahmadineyad, alcalde de Teherán antes de convertirse en presidente del país en 2005. Firme aliado de los defensores de la línea dura en el ejército y los círculos de inteligencia, Ahmadineyad tuvo su oportunidad cuando el desencanto popular con el proyecto de «reforma» de Jatami permitió a los conservadores hacerse con el control del consejo municipal de Teherán en 2003; el consejo de quince miembros eligió entonces a Ahmadineyad alcalde en mayo de 2003. Una vez en el cargo, este empezó a invertir el curso de sus predecesores, alterando el paisaje sociocultural de Teherán, creando clientelas de barrio, y facilitando el acceso de sus aliados en el ejército y la inteligencia a los enormes recursos de la ciudad.

¹⁸ Autores anónimos, «Cheshm-andazha-ye Jonbesh-e Sabz», Teherán, 2010. Emami murió en prisión, en circunstancias algo turbias, en 1999.

Los carteles, las pancartas y los murales revolucionarios volvieron a los espacios públicos, y unas 400 fuentes de agua potable (*saqqa-khaneh*), recientemente construidas al estilo tradicional, salpicaron Teherán, cada una con imágenes de convecinos víctimas de la guerra. Ahmadineyad prometió revitalizar la memoria de los mártires *basiji* y *pasdaran* trasladando sus restos a docenas de localizaciones estratégicas de la ciudad. Los célebres complejos culturales de Teherán fueron convertidos en *tekyes*, lugares para actividades religiosas, o se quedaron sin financiación. Se erigió una nueva mezquita gigantesca frente al Teatro Municipal (Teatr-e Shahr), para doblegar a este emblema de la cultura moderna que se conservaba de la Teherán de alta sociedad del Sah¹⁹. Los vigilantes antivicio ampliaron el control de las mujeres y los jóvenes inconformistas en las calles de la capital.

Para establecer una clientela de base, efectuaron grandes donaciones a las mezquitas locales, y a los cantores religiosos y a los recitadores del Corán asociados con ellas, así como a los cada vez más numerosos *hey'ats*, reuniones religiosas improvisadas. Se ha publicado que unos 400 millones de dólares del presupuesto municipal, originalmente asignados a carreteras y otras construcciones, fueron a parar a mezquitas y *hey'ats*²⁰. También se dedicaron fondos a restaurar edificios controlados por los *basiji* o para ofrecer comida gratis a las multitudes que ayunaban durante el Ramadán. En su último año como alcalde, cuando Ahmadineyad fue animado por sus seguidores *basiji* y guardias a presentarse a la presidencia, en los distritos pobres de Teherán se volvieron a asfaltar las calles, aumentaron las becas escolares y se redujeron los atascos de tráfico. La financiación de estas y otras medidas populistas –por ejemplo, préstamos de 1.200 dólares a unas 12.000 parejas de recién casados– procedía de los Guardias de la Revolución, que para entonces se habían convertido en un enorme cuerpo militar y de inteligencia con extraordinario poder económico, que controlaba los aeropuertos y los puertos de mar, terrenos, fábricas y empresas comerciales, universidades y cientos de instituciones culturales²¹. A cambio de su financiación, el municipio concedió a los Guardias contratos de proyectos y favores legislativos, permitiéndoles incumplir los códigos de planificación o haciendo la vista gorda ante la ocupación de terrenos. La extensión del amiguismo, la corrupción y los gastos no contabilizados durante este periodo fue inaudita. El gobierno municipal de Ahmadineyad nunca presentó un presupuesto pormenorizado para demostrar cómo se gastaban los fondos; y tampoco presentó un informe financiero al consejo municipal²².

¹⁹ Véase Kasra Naji, *Abmadinejad*, Londres, 2008, pp. 49-51.

²⁰ Mahmud Alizadeh Tabatabaai, «Vosul-e Bedehi-ye Dowlat beh Shahr-e Tehran», *Shabr-e Farda*, 5 Azar 1385 (26 de noviembre de 2006).

²¹ Véase K. Naji, *Abmadinejad*, cit., pp. 54-55.

²² Entrevista con el actual alcalde de Teherán, Mohammed Baqer Qalibaf, realizada por Mohammad Reza Asadzadeh: «Difficult Year», en *Shabr*, número especial, Nowrooz 1387 (año nuevo persa de 2008). Véase también la página digital de *Baztaab*, 13 de mayo de 2005. De acuerdo con los informes, Qalibaf presentó 1.000 casos de irregularidades cometidas por el gobierno municipal cuando éste estaba dirigido por Ahmadineyad.

Ciertamente Ahmadineyad consiguió aumentar la influencia de las fuerzas conservadoras en Teherán, y establecer una clientela ideológica entre algunos segmentos de las clases trabajadoras. Pero los pobres y las clases medias de la ciudad siguieron siendo vulnerables a la creciente inflación, el desempleo y el precio ascendente de la vivienda. Más del 80 por 100 del presupuesto municipal entre 2004 y 2007 dependía aún del impuesto de capitación y la venta de licencias de construcción (*avarez*)²³. Con Ahmadineyad, y en respuesta a anteriores críticas, se concedían licencias para edificios más pequeños de 4-6 plantas, a pesar de que esto seguía incumpliendo los códigos municipales. Así, en lugar de sólo unos cuantos ricos bien conectados, muchos podían ahora comprar licencias para construir casas de varias plantas. Pero estas viviendas seguían estando muy por encima de los medios de las familias trabajadoras, gracias al abrumador ascenso de los precios inmobiliarios. El precio medio de las viviendas en Teherán se triplicó en la década de 1990, y en el mandato de Ahmadineyad volvió a triplicarse²⁴. En estas condiciones, el capital especulativo y las clases propietarias prosperaron, mientras que los trabajadores pobres y las clases medias tenían que dedicar «el esfuerzo de toda una vida» a obtener cobijo²⁵.

Mientras Ahmadineyad fue alcalde, el municipio de Teherán ayudó a consolidar la «clase del régimen» rentista sobre la que descansa el dominio de los partidarios de la línea dura. Esta clase representa una comunidad ideológica que comprende tanto segmentos de las capas pobres como de las capas ricas, cimentados por la dadivosidad estatal: ayudas, subvenciones selectivas, pagos preferenciales, sobornos, comisiones, etcétera. Muchos veteranos de guerra, *basijis*, operarios de clase trabajadora y miembros del enorme sector religioso –procedentes de mezquitas, santuarios, seminarios, escuelas o asociaciones culturales islamistas– comparten así los ingresos estatales derivados del petróleo con amigos ricos, contratistas y figuras de las instituciones revolucionarias. En 2005, cuando dejó el cargo de alcalde para convertirse en presidente, Ahmadineyad sencillamente amplió su visión a escala nacional, con recursos mucho mayores.

El consejo municipal eligió como sucesor a Mohammad Baqer Qalibaf, ex jefe de la policía nacional, y uno de los oponentes derrotados por Ahmadineyad en la contienda presidencial. Qalibaf se convirtió en un obstáculo para los intentos de Ahmadineyad de mantener su control, así como el de sus aliados, sobre los recursos de la capital. Describiéndose a sí mismo como «partidario del pueblo pero no populista», y presentándose como un

²³ D. Jalali, «Barrasi-ye Ravanhaa-ye Omdeh dar Budge-ye Shahrdari-ye Tehran: 1383-1386», *Eqtesad-e Shahr*, 2, 2009, p. 105.

²⁴ K. Ehsani, «Survival through Dispossession: Privatization of Public Goods in the Islamic Republic», cit., p. 6.

²⁵ Esto de acuerdo con el propio Ahmadineyad, citado en *Babar*, 23 Farvardin 1389 (12 de abril de 2010). En 2008, más del 25 por 100 de los desempleados (373.000 personas) eran estudiantes universitarios; véase la página digital en persa de Jaras, 12 Tir 1389 (2 de julio de 2010).

moderado religioso pero un gestor duro y modernizador, Qalibaf continuó varios de los proyectos inacabados de Karbaschi: revitalizar los complejos culturales, construir carreteras, completar el sistema de metro de Teherán y acabar el proyecto de Torre de Milad (comunicaciones), retrasado desde los tiempos del Sah. El simbolismo religioso o revolucionario perdió fuerza: entre los cientos de nuevos nombres dados a las calles de Teherán, apenas ninguno tenía este tipo de connotaciones²⁶. Pero las continuas intrusiones del gobierno y los *pasdaran* en las prerrogativas del ayuntamiento debilitaron a las autoridades de gobierno de la ciudad²⁷. Esta tendencia se intensificaría tras el Movimiento Verde.

Los días de junio

El enfrentamiento electoral de 2009 entre Ahmadineyad y Mir Hussein Musavi transformó el rostro social y político de Teherán. Entusiastas de la «reforma», desde los ricos a las clases medias y trabajadoras –muchos de los cuales se habían negado a votar en las anteriores elecciones de 2005– utilizaron el calendario electoral y las disensiones internas en las elites en el poder para convertir sus años de descontento silencioso en una espectacular movilización abierta. Las mujeres y los jóvenes en especial se unieron con energía al activismo de base, organizando manifestaciones masivas con una atmósfera casi festiva. Las calles, los parques públicos, los colegios y las plazas de Teherán –en especial en el centro y al norte de la calle de la Revolución– se convirtieron en escenario de una campaña animada y desenvuelta. Pero el resultado de las elecciones –victoria de Ahmadineyad, en medio de innumerables pruebas de fraude– quebró las esperanzas de muchos, inspirando una profunda indignación moral que a su vez alimentó un amplio movimiento de protesta nunca visto en la historia de la República islámica.

El Movimiento Verde, que suponía un impulso postislamista de reclamar la ciudadanía dentro de un orden en general religioso y ético, articuló un viejo deseo popular de alcanzar una vida digna y libre de la vigilancia cotidiana, la corrupción y el gobierno arbitrario. En las semanas siguientes al 13 de junio, fecha en la que se anunciaron los resultados, la política en la calle se convirtió en su principal expresión, antes de que la violencia estatal lo sofocara. Los días pasaban con la policía y las milicias *basiji* batallando contra los manifestantes, mientras durante las noches reverberaban en el cielo los gritos de «Allah Akbar» y «muerte al dictador» desde los tejados. La mayoría de las manifestaciones verdes tuvieron lugar en el centro y en el centro-norte de Teherán, un ligero avance hacia el norte respecto al patrón de 1979, que había incluido al centro y al centro-sur. Como la ciudad se había expandido y las clases medias crecido, también había cam-

²⁶ Véanse por ejemplo las Resoluciones del Consejo Municipal de Teherán de 1 Esfand 1388 (20 de febrero de 2010), disponibles en la página digital del Consejo, www.shora.tehran.ir.

²⁷ M. A. Tabatabaïi, «Vosul-e Bedehi-ye Dowlat beh Shahr-e Tehran», cit.

biado la geografía política. Las clases medias cultas desempeñaron una función clave en el Movimiento Verde, al igual que lo habían hecho en la revolución de 1979, mientras que los pobres marginales prefirieron mantenerse alejados del movimiento de protesta, esperando y observando, como habían hecho tres décadas antes. Pero las declaraciones de testigos sugieren que grupos de jóvenes de los distritos del sur también se unieron a las manifestaciones de los verdes.

La monumental marcha silenciosa organizada el 15 de junio de 2009, que llenó la calle de la Revolución y convergió en la Torre de Azadi, provocó un cambio radical en el modo de gobierno de Teherán. En una medida de seguridad extraordinaria, los Guardias de la Revolución asumieron el control total de la ciudad durante dos meses, desde el 15 de junio al 16 de agosto, mientras decenas de miles de agentes de seguridad y paramilitares eran estacionados en calles y plazas estratégicas. A las pocas semanas, había 4.000 manifestantes detenidos, al menos 70 muertos, los medios de comunicación reformistas habían sido cerrados, y la libre comunicación en la ciudad estaba prácticamente suspendida; a final de año, el número total de detenidos alcanzaba los 10.000²⁸. Una virulenta campaña propagandística en los medios de comunicación controlados por el Estado y juicios masivos de tipo estalinista a figuras de la oposición fueron el preludio de una vigilancia más sistemática en los espacios de la ciudad. En las vías públicas, en las universidades y las residencias estudiantiles, colocaron cientos de cámaras ocultas, mientras que las milicias *basiji* estaban muy ocupadas vigilando las actividades «sospechosas». Era como si la ciudad se hubiese descarriado y las autoridades sintieran el impulso de ponerla en su sitio, de «convertir» sus vistas y sonidos. Ordenaron establecer salas de oración y mezquitas en los parques públicos, y empezar a emitir por radio y televisión el *azan*, la llamada a la oración. En mayo de 2010, los residentes de Teherán contemplaron atónitos que varias estatuas de artistas, escritores y figuras históricas como Avicena habían desaparecido misteriosamente de las plazas y los parques públicos de la ciudad: robos flagrantes claramente perpetrados con grúas y maquinaria pesada, lo cual apuntaba a que este intento de desfigurar el cuerpo laico de la ciudad contaba con la aprobación oficial²⁹.

Si aumentar la seguridad fue la solución dada a corto plazo por el régimen contra la rebeldía de Teherán, a largo plazo optó por una importante ingeniería social. En abril de 2010, en una resolución extraordinaria que incumplía la legislación vigente, el gobierno autorizó al presidente y al vicepresidente hacerse cargo de Teherán, y de hecho de cualquier ciudad mayor de 5.000 habitantes. Los alcaldes debían seguir las órdenes del presidente. Estos movimientos prepararon el camino para tres cambios estructurales,

²⁸ De acuerdo con Sardar Fazli, un comandante *pasdaran*, citado en «Eteraf-e Sardar-e Sepah beh Dastgiri-ye Dah-hezar Nafar dar Sal-e Gozashteh», *Peyke Iran*, 18 Aban 1388 (9 de noviembre de 2010).

²⁹ Azadeh Asadi, «Dozdi-ye Seriali-ye Mojassameha-ye Tehran», *Ardio Farda*, 14 Ordibehesht 1389 (4 de mayo de 2010).

anunciados primero por Ahmadineyad en un discurso pronunciado el 12 de abril, y después seguidos por otras autoridades y líderes de la oración del viernes. En primer lugar, las autoridades planean reducir la capital: repatriar, de acuerdo con Ahamadineyad, a unos cinco millones de residentes en Teherán a aldeas y provincias. Aquellos que acepten voluntariamente el traslado recibirán préstamos y ayudas para adquirir tierra y vivienda³⁰. La segunda estrategia consiste en aumentar la población del país de 70 a 150 millones de personas, especialmente en áreas rurales, que en la actualidad aportan poco más del 30 por 100 del total, y se piensa que probablemente permanezcan leales al régimen islamista. Deben eliminarse las medidas de planificación familiar y de control de la población; al igual que en la década de 1980, se presentan ahora como «conspiraciones para mantener baja la población chií»³¹. Las familias con niños recién nacidos en las áreas rurales recibirán 1.000 dólares en metálico, complementados con pagos de 95 dólares anuales hasta que el niño cumpla los 18. Por último, las universidades, de las que ahora hay 25 en Teherán, deben ser reestructuradas, «indigenizadas», «islamizadas», y trasladadas fuera de la capital³².

Es demasiado pronto para determinar si estos planes tan ambiciosos —que un dirigente calificó de «medidas protectoras contra un terremoto inminente»— llegarán a materializarse³³. El general Franco consiguió reubicar la Universidad Autónoma de Barcelona a las afueras de la ciudad para evitar los levantamientos estudiantiles; pero un plan similar del Sah en 1978 para trasladar la militante Universidad de Aryamehr de Teherán a Isfahán fracasó, principalmente porque estudiantes y profesores se resistieron. Sea cual sea el resultado, el curso de acción de las autoridades indica que también ellas consideran que el orden urbano postislamista subvierte su modo de gobierno religioso-militar. Para gobernar, necesitan deshacer la ciudad.

Capital beligerante

Transcurridas tres décadas desde la Revolución islámica, Teherán sigue siendo una ciudad acuciada e indómita herida y sin embargo desafiante. Conserva aún el palimpsesto cultural y arquitectónico de tiempos del Sah, pero tiene por encima una delgada capa de ideología posrevolucionaria, alguna remodelación significativa y las huellas de la globalización. Más drásticamente, ha sido transformada desde abajo por el crecimiento de la población, la inmigración y el desarrollo informal. La mayoría de estos cambios no son peculiares de Teherán, por supuesto; son una característica de muchas otras

³⁰ *Babar*, 23 Farvardin 1389 (12 de abril de 2010).

³¹ De acuerdo con el ayatolá Mesbah Yazdi, mentor de Ahmadineyad, citado en *Mardomsalari*, 5 Tir 1389 (27 de junio de 2010).

³² *Tebzan Emrooz*, 22 Farvardin 1389 (11 de abril de 2010).

³³ Palabras de Kamran Daneshjou, ministro de Ciencias; véase «Takeed-e Mojaddad bar Prozhe-ye Amniyyat-ye Khorouj-e Daneshgah-ha az Tehran», *Peyke Iran*, 28 Farvardin 1389 (17 de abril de 2010).

megaciudades del sur planetario. Pero la capital de Irán tiene sus propias particularidades. Hoy la ciudad es ciertamente menos cosmopolita que sus homólogas regionales. Al contrario que en El Cairo, Estambul o Dubai, el turismo extranjero prácticamente ha desaparecido; las comunidades occidentales han menguado, las minorías religiosas, disminuido; los refugiados afganos viven principalmente en zonas rurales. Pero Teherán no ha escapado de las influencias globalizadoras. En cierto sentido, «Occidente» está más presente hoy, a través de los nuevos medios, mercancías, estilos y de los más de tres millones de iraníes que viven en el extranjero, que hace tres décadas. El liberalismo económico, aun controlado por ocasionales brotes populistas, también forma, por supuesto, parte de la tendencia.

Pero Teherán sigue en buena medida libre de la violencia urbana que se ha apoderado de muchas ciudades del sur planetario en tiempos neoliberales. En ciudades como Río de Janeiro, Manila o Managua, el vacío dejado por la menguada presencia de las organizaciones socialistas o el Estado entre los pobres ha permitido que bandas delictivas o de narcotraficantes, en connivencia con policía corrupta, controlen los suburbios. En Teherán, en lugar de violencia social hay una violencia política extralegal que unas estructuras de poder semificiales dirigen contra los ciudadanos. En lugar de los jefes narcos de las ciudades latinoamericanas, Teherán tiene los *pasadaran* y los *basiji*, que usan los ingresos derivados del petróleo estatal para emplear a jóvenes de la clase trabajadora con fines extralegales como reventar manifestaciones pacíficas, atacar a grupos de la oposición y vigilar las calles³⁴.

Más importante, Teherán carece de parangón en su confrontación política: en su dialéctica entre el modo de gobierno religioso-militar y una incansable resistencia popular. La Revolución islámica no ha conseguido remodelar y reestructurar Teherán de acuerdo con su ideología con la misma profundidad o con la misma intensidad con las que la Revolución francesa cambió París o la Revolución Rusa Moscú. Incluso hoy, Teherán se parece más a Madrid o incluso a Los Ángeles que a Qom, Riyad o El Cairo. Por supuesto, Teherán proyecta muchas expresiones de identidad religiosa. Los carteles religiosos, los retratos y las salas de oración son una característica de los despachos de gobierno y los espacios públicos; las instituciones chiíes de *tek-ye*, *hey'at* y *busseiniebe* han sido reinventadas y están bien financiadas; el *azan* suena estruendoso desde muchas mezquitas; las mujeres tienen que llevar *hi-yab* en público. Pero estos marcadores en gran medida oficiales más parecen imposiciones irritantes que signos de un orden religioso hegemónico.

En realidad, Teherán se ha resistido a convertirse en una «ciudad religiosa», en la que las claves arquitectónicas, visuales y auditivas de inspiración religiosa inculcasen a sus habitantes sensibilidades devotas. Una encuesta reciente demuestra que sólo el 12 por 100 de los jóvenes iraníes van a la

³⁴ En la violencia posterior a las elecciones de 2009, supuestamente algunos agentes *basiji* recibían motocicletas, y otros, 400 dólares por cada operación.

mezquita, y el 25 por 100 de los teheraníes nunca han ido a una³⁵. Los criterios de devoción pública y virtud moral se mantienen principalmente mediante coerción. Por ejemplo, el «programa de seguridad pública» impuesto en la primavera de 2007 para luchar contra lo que los conservadores denominan «OTAN cultural» tuvo como resultado la humillación pública de un millón de ciudadanos y la detención de 40.000 personas por la policía y por las milicias *basiji* en sólo cuatro meses. De los detenidos, más del 85 por 100 eran jóvenes entre 16 y 25 años³⁶. En junio de 2010, el gobierno anunció que enviaría 3.000 «propagandistas» religiosas (*mobballeq*) a 3.000 escuelas femeninas de Teherán para ponerlas en orden. Como si no bastase con predicar, poco después el poder judicial decretó penas de 75 azotes, hasta 60 días de cárcel y una multa de 50 dólares por laxitud con el *hiyab*³⁷. Por supuesto, muchas personas conservan sus propias formas íntimas de devoción, pero tienden a oponerse a la religión estatal. La reciente difusión de la religiosidad de tipo sufí y *New Age* entre algunos teheraníes adinerados refleja en gran medida una reacción a la islamización estatal y una subversión de ésta. En cierto sentido, significa una modernización de la esfera religiosa en la Teherán de hoy.

Porque paradójicamente, bajo la República islámica, Teherán –y por extensión todo el país– se ha modernizado. Esta modernidad muy torturada se expresa en elevadas tasas de alfabetización, creciente individualidad urbana, decadencia de los *maballeh*, ampliación de una moderna esfera pública, tendencia a vivir en pisos, y creciente autonomía y visibilidad de las mujeres en público. Estos cambios tienden a subvertir el dominio teocrático. Así, mientras que las autoridades islamistas imponen el *hiyab* a las mujeres, muchas responden convirtiéndolo en un símbolo de la moda; el régimen coacciona a los jóvenes para que se adhieran al islam oficial, pero ellos convierten los ritos religiosos en oportunidades para relacionarse; el gobierno insta a la población a ver sólo la televisión estatal, pero las antenas parabólicas brotan de las azoteas como malezas incontrolables. Es irónico pero no sorprendente que esta capital de las «virtudes morales» albergue en la actualidad 400.000 toxicómanos, 200.000 prostitutas y más de 4,5 millones de víctimas de la depresión³⁸. Un modo de gobierno que dedica tanta atención a la disciplina de los cuerpos de sus ciudadanos siempre correrá el riesgo de que disminuya su influencia en las acciones y las actitudes cotidianas de dichos ciudadanos. Tendrá que deshacer esta Teherán moderna –plural, contradictoria, viva, cambiante– o de lo contrario gobernar con porras, cámaras y controles policiales.

³⁵ «Only 12 per cent of young people ever go to mosques», Shahrzad News, 4 de octubre de 2010.

³⁶ Azam Khatam, «Struggles over Defining the Moral City: The Problem Called Youth in Urban Iran», en Linda Herrera y Asef Bayat (eds.), *Being Young and Muslim. New Cultural Politics in the Global South and North*, Oxford, 2010, pp. 220-221. La expresión «OTAN cultural» fue notablemente desplegada por Payam Fazil-Nejad en un libro de 2009 que atacaba al movimiento reformista, al que consideraba parte de una conspiración occidental.

³⁷ *Radio Farda*, 23 de julio de 2010.

³⁸ Nazanin Kamdar, «Amarhaa-ye Takan-dahandeh az Paytakh-e Keshvar», *roozonline*, 1202, 7 Tir 1389 (29 de junio de 2010).